

Paula Benás

# SERÁ MEJOR QUE NO LO CUENTES

Dos desconocidas en un avión. Un pacto incómodo. Una confesión.  
El pasado ha vuelto.  
Y ya no hay nadie en quien confiar.

# Será mejor que no lo cuentes

una novela de Paula Benás



**SÍGUEME EN:**

INSTAGRAM: benaspaula

TWITTER: @BenasPaula

FACEBOOK: Paula Benás



© Paula Benás

1ª edición, 2019

Imagen de Cubierta: foto de Florian Pérennès —  
[www.unsplash.com](http://www.unsplash.com)

Diseño de cubierta: © Paula Benás



**A mis padres**, que me enseñaron a amar el cine y  
los libros.

**A Mar**, my Gilmore Sister.

**A Mikel y Jon.**

No crezcáis.

Es una trampa.

Y, por supuesto, **a Fabián.**

No retreat, baby and no surrender.





*"Es una pena que se tarde tanto en crecer,  
porque seguro que cuando sea mayor me olvidaré  
de todo lo que me han hecho y no me acordaré de  
vengarme".*

**Isabel Coixet.** *Cosas que nunca te dije.*

*"En la literatura, el crimen es tan antiguo como el  
amor".*

**Pierre Lemaitre.** *Irene.*





El vídeo se hizo viral en pocas horas. Aquella noche, todos los informativos del mundo abrirían con las imágenes que habían corrido como la pólvora por redes sociales, convirtiéndose en *trending topic*. En pleno Times Square, turistas y neoyorquinos permanecían inmóviles como estatuas, sin despegar la mirada de las gigantescas pantallas de neón. En breves instantes, todos los aeropuertos del mundo mostrarían en sus pantallas las mismas imágenes sincronizadas, subtituladas en multitud de idiomas.

En los bares de Madrid, Tokio o Estocolmo, la música se apagó y los clientes, cerveza en mano, se arremolinaron frente a los monitores, ansiosos por asistir a la retransmisión global del vídeo del que hablaba todo el mundo. Las cabeceras de los noticiarios dieron paso al fin, al unísono, frente a millones de espectadores, a la declaración más escalofriante televisada jamás.

El rostro de una mujer abatida, con profundos surcos oscuros bajo los ojos, inundó por completo el plano. Flanqueada por dos policías de uniforme, procedió a situarse frente a un pequeño atril, ante lo que parecía ser la puerta de entrada de su domicilio. Un reducido grupo de fotógrafos y periodistas, ajenos a lo que estaba a punto de suceder, se habían congregado en aquel punto, probablemente convocados por la Policía Local. Nada hacía presagiar

lo que ocurriría a continuación. A pesar de la expresión demacrada de su rostro, la mujer irradiaba una asombrosa sensación de entereza. La audiencia del planeta contuvo la respiración por unos segundos.

—Buenas tardes, gracias por venir —comenzó a hablar al fin.

—Como ya saben, mi hijo desapareció hace setenta y dos horas. He querido comparecer ante ustedes para agradecerles personalmente su ayuda durante estas horas tan difíciles.

Tras esta breve introducción se quedó en silencio unos instantes, con la mirada perdida en el infinito. Alguno de los presentes temió que, quizás, abrumada por la emoción, le resultara imposible continuar el discurso. Nada más lejos de la realidad. A los pocos segundos, los espectadores evidenciaron que aquella pausa dramática no había sido más que un estudiado preludio al gesto que habría de quedar grabado para siempre en el imaginario colectivo. La mujer aprovechó el receso para sacar una carpeta que había ocultado hasta el momento bajo su chaqueta de punto. Nadie parecía haber reparado en su existencia. Llevaba la prenda cruzada sobre el pecho, con los brazos entrelazados sobre ella, como si estuviera destemplada o guareciéndose del frío. Tras posar la misteriosa carpeta sobre el atril, los dos policías intercambiaron una mirada de inquietud. Era obvio que aquello no figuraba en el guión —previamente acordado—, sobre lo que era conveniente o no revelar a los medios en semejantes circunstancias. No obstante, guiados tanto por la curiosidad como por la torpeza que supondría protagonizar un episodio violento ante la prensa,

optaron tácitamente por permitir que la mujer continuara con su declaración. Conteniendo las lágrimas a duras penas, se dispuso a mostrar al mundo la información que, aparentemente, había ocultado a los investigadores. Decidida, realizó al fin el movimiento que conmocionó al mundo. Estiró ambos brazos y, acercándolos lo máximo posible a los periodistas apostados frente a ella, mostró a las cámaras dos fotos ampliadas, una en cada mano.

—El niño que aparece en la foto de la izquierda —explicó— es mi hijo.

La cámara de televisión realizó un zoom sobre el rostro de un niño de unos dos o tres años que, sentado en el suelo, jugaba con un cochecito mientras sonreía divertido al objetivo.

—La mujer de la foto de la derecha, es la persona que se lo ha llevado —continuó, alzando un poco el tono de voz, subrayando con énfasis cada una de sus palabras. A su alrededor se hizo un impresionante silencio, solo interrumpido por el clic de los flashes que, lentamente, comenzaron a iluminar la escena con su molesto parpadeo. Al cabo de unos segundos, el estupor ante la grave acusación que se acababa de verter dio paso a un murmullo de voces que se fue elevando hasta convertirse en clamor. La mujer, incólume, trató de imponer su voz sobre él:

—¡MÍRENLA BIEN! —rugió, mientras describía con la mano un movimiento panorámico ante los presentes, de derecha a izquierda, asegurándose de que todo el mundo captara la imagen sin dificultad.

—¡Ofrezco una recompensa de veinticinco millones a quien me traiga vivo a mi hijo... y muerta a esta mujer!

Los policías, aturridos y desconcertados por el cariz que había tomado la comparecencia, se apresuraron a arrancarle las fotos de las manos y, entre una oleada de flashes y el vocerío atropellado de los reporteros –que se desgañitaban por conseguir alguna otra declaración– procedieron a llevársela en volandas de vuelta al interior de la casa, cerrando la puerta bruscamente tras de sí.

En todo el planeta se escuchó el eco de un grito sofocado. La recompensa económica más elevada ofrecida jamás acababa de convertir a cualquier ciudadano de a pie en un sicario en potencia.